

POEMAS DAMARIS CALDERÓN

CON GARRAS, CON UÑAS Y CON DIENTES

Había un hombre que tenía su miedo. Y había El Miedo que tenía a su hombre. Desde que nació, el miedo se le había incrustado en las costillas a su hombre y desde allí bombeaba su sangre. Como con sus ojos, sus manos, su corazón, como con un órgano que le ocupaba todo el cuerpo, el hombre había vivido con su miedo. Creció, amó, tuvo hijos, con miedo. Los acontecimientos más importantes de su vida, desde respirar hasta tomar una determinación, no habían sido una voluntad ni una resolución, sino la expresión del miedo en su carne. A medida que envejecía e iba disminuyendo, crecía el miedo. Ya en la vejez, y a punto de cruzar la frontera, decidió enfrentar el miedo, a fin de eliminar lo que era una segunda (o primera) naturaleza. Lo intentó todo. Desde actos pueriles hasta gestos desesperados y patéticos. Se escondió bajo la cama, se orinó, se cagó en los pantalones (de miedo). Se compró una soga y un revólver invisible. Se ahorcó y se disparó en la sien, simultáneamente. Por último, se acostó a dormir, a fin de convencerse de que todo no era más que una pesadilla. Pero el miedo es más persistente que el insomnio. Cuando despertó, el miedo todavía estaba allí, y lo había derribado de un solo golpe, como a un buey.

UNA MUJER SOLA Y AMARGA

I

Cuando tú eras hermosa
cuando tu pecho lo cruzaban furiosos vientos
mi madre me paría en una sala sórdida
de una clínica desconocida
boqueaba como un pez
sobre su vientre el peso de una caballería.
Dos mujeres inexorables
podaban el poco sol de la pieza
le recordaban su proximidad con los dos abismos.
Mi madre era un seto cerrado
que tuvo alguna vez su pequeña fuente
una empalizada
que asolaron los perros y los años.
De su madera gastada me alzo al mundo
de su madera podrida rehago las cuerdas de mi casa
y no la alcanzo.
Como la sombra que un jinete persigue en la llanura.

II

Bajo esas manos que el horror cuartea
que el fuego hace más íntimas

se alojó mi cabeza
fruta que esperan picotear los pájaros
esos pequeños animales dóciles
que no podíamos mirar sin repugnancia
moverse entre los platos
cuando apartaba para nosotros, para sí,
la vida.
Salí de entre sus piernas
como de un bombardeo.
He sido el héroe y el traidor.

INSTÁNTANEA

de mi padre

No bebía
tenía el renunciamento de un pez en el Sahara
de una vaca castrada por los banderilleros de la feria.
Comunista,
pudo haber sido masón o cuáquero.
Igual le habrían cortado los nudillos,

igual habría partido su tazón con nadie.

En deplorables noches montaba a mi madre

como quien coge un tren equivocadamente.

Ah la pradera donde fue comido por los buitres

(sus hijos)

Ah este sol implacable sobre mis ojos.

MEZCAL

Al fondo

de una botella

de mezcal

-como al final-

nos espera el gusano.

Mastico

en tierra seca

ese blancor

de setos vivos

para saber

a qué sabe

lo que me comerá.

OLD HEMINGWAY

Los héroes
no acaban
en las sábanas propias
ni en las ajenas.
Viejo
te fuiste al mar
(una pequeña isla del Caribe).
Y sacaste el gran pez
sacaste el Nobel
el cazador
el reportero de guerra
para soportar la vejez
la impotencia.
Y en un pueblo entrañable
(por desconocido)
hiciste
tu mayor safari
alcanzaste
la pieza mejor
cuando el rifle
de dos cañones
perforó tu boca
gatillado
por el dedo
de tu pie.

EMILY DICKINSON

Lo que no alcanzan
las avaras sílabas
la borracha de sol
cuenta a sus puertas.

El gusano roído por el fruto.

Lo que no alcanzan
las avaras sílabas,
el pájaro de Amherst
el tordo de Nueva Inglaterra.

La mano
pródiga
-como una herida-
se abre.

A MARINA TSVIETAIEVA

El frío
de un terrón de azúcar
en la lengua de una taza de té
de un pan que salta
en rebanadas sangrientas.

el oficio de lavaplatos,
las genuflexiones
y las manos que todavía
se sumergen
con cierta cordura.
Los rojos
los blancos
las cabezas rapadas
y los cosacos
podrán echar mi puerta a patadas
o aparezca una cuerda
con que atar un baúl y colgarme
sin que me estremezca un centímetro.

CALVERT CASEY

Cuando vio La Habana en Roma
la miseria de la Habana en Roma
no pudo seguir lactando
de las tetas de la madre de Remo.
Luego reconoció a Roma en La Habana
del pleolítico inferior.

San Petersburgo

París

La Habana

Roma,

las alucinaciones son reales.

Se suicidó en tierra de nadie.

SÍLABAS. ECCE HOMO

Hablar del pájaro parlante

parlanchín posado en una rama

cantando (como diría Juan Luis Martínez)

en pajarístico.

Y el hombre es una lápida

un cuarto oscuro, una silla vacía

y una lámpara.

El que se aproxima a la lámpara

puede encontrar una salida

(o la ilusión de una salida).

¿Hay salida posible hacia fuera

o toda salida es hacia dentro,

hacia el reino de la raíz?

Hundirse como Virginia Woolf

con los bolsillos llenos de piedras en el río.

He ahí la verdadera ganancia,

lo que no alcanzan los nadadores de superficie.

El optimismo es una bandera a media asta

pero ostentada con júbilo.

Un consuelo o un autoconsuelo:

“Yo me levanté de mi cadáver y fui en busca de quien soy”.

Como el cirujano corta,

las sílabas se parten.

Carne de la escisión,

escisión de la carne.

Un pájaro vino con la cabeza vendada

una esquirla de la tercera guerra mundial

Apollinaire cantando en una jaula

los tetradracmas de oro de Ezra Pound.

Como la liebre en el soto,
la palabra en el lenguaje.
La angustia salta el perímetro
y echa a correr por las azoteas.

LOS AMORES DEL MAL

(fragmentos)

Antes que yo
muchos dijeron estas cosas.
Después de mí
otros habrán
que las dirán mejores.
Pero cuando tu lengua toca mi lengua
el Verbo se hace nulo
se diluye
en esta saliva espesa.
Efímera y eterna
eres la mujer del Principio.
Todo empieza de nuevo
y se hace necesario rescribir el Génesis.

Henchido el corazón pienso en tu sexo.

Lo cognoscible

lo incognoscible

lo he escuchado a través de esa marea oscura.

He olvidado las lenguas de los hombres

tantas cosas

inútiles.

Sólo a través de ti

intuí mi destino:

efímero incierto.

También sé que voy a morir.

He sido eterna

como las hojas que devora el otoño.

Cuando te quedas,

Rita,

más desnuda que estas paredes

yo siento miedo

de ser una mujer.

Tengo feroces dientes carniceros.

Comírame tus ojos
tus rodillas.

Cuando veo un sauce que se agita,
no me acuerdo de Safo,
pienso en mí.

Ibamos a ser eternas
las ancianas de Bruegel.
El fuego crepitaba en la habitación
en tus senos.

Yo pongo mis dos manos al fuego.

Todo cuerpo es perverso.

Digo la palabra pezón,
el pezón salta.

Extraigo un zumo amargo,
un jugo huérfano.

Me derrumba el susurro lejano
de tu dedo índice.

Este es el fuego.

Crece con arañazos
ramas

carne sudada

y piernas piernas piernas

que

se

abren.

Es crudamente tibio.

En esta habitación mínima pieza
puedo por fin tumbarme sobre ti:
una mujer brutalmente desnuda,
no un pájaro ni una gacela.

¿Y quién dijo que lo que hacemos
-y escribimos-
en las paredes de un baño público
frotando nuestros cuerpos
como la lapicera contra el papel
es menos relevante
que un graffiti
pompeyano?

En esta isla
del trópico
donde a veces
llegan los ecos
de Mitilene
nos hemos amado
riéndonos de la vieja Safo,

del mirón de Pierre Louis,
nosotras,
las muchachas en flor
que un día seremos segadas.

QUE HASTA LA PIEDRA, EN SU DESEO DE DURAR, DESAPARECE

(Cuento con figuras para Rita)

Acuclillado y jadeando en busca de aire
un conductor de mulas pompeyano
acapara el tiempo
petrificado en su rostro.
Los rasgos
la carne se descomponen
y sólo queda
el vacío
(el vaciado)
de muerte.

La ceniza volcánica

sólo deja

(alfarera)

capullos

crisálidas.

El perro

Firmemente sujeto por su collar y la cadena,

el perro no pudo escapar cuando una lluvia de rocas lo envolvió.

A medida que la lluvia de arena se fue amontonando,

el perro subió tan alto como pudo. Cuando la cadena ya no dio más,

girando sobre sí mismo, la nube de cenizas lo sepultó, en una torción

perfecta de estrangulamiento.

La rama

El hombre creyó que la rama podría salvarlo.

Buscó la estrategia

(condenada al fracaso)

en el árbol.

La rama se rompió bajo su peso
y sobrevive
aferrada
a lo que fueron sus piernas
en el gesto inútil
y voluntarioso
del horror.

Los cuerpos

Después de 19 siglos
sus gestos, sus posturas,
los pliegues de sus ropas,
son claramente visibles.
-¿Dónde están los ojos
y las visiones de los ojos?_
¿Qué envolvieron
los pliegues
en estéril sudario?
Un hombre
(arriba)

un niño

(abajo)

dos mujeres abrazadas

(al centro)

yacen engañosamente

pacíficos

en la muerte.

El hambre

Dante reescrito por el can.

(El perro que grabó

la tecnología del Vesubio).

Se encerró en una muralla

que se convirtió en una cárcel.

Allí murió mientras el perro

enloquecía de hambre

y fidelidad

y arrancaba la carne

de sus propios huesos.

El mendigo

Aprisa, sin que le diera tiempo
a cerrar el saco con el que pedía,
la muerte lo atrapó.
Cuando huía hacia el mar,
por la puerta sur de la ciudad,
después de haberse humillado
recogiendo provisiones,
llevando en los incongruentes pies
unos lujosos zapatos, regalo de la caridad pública.
Detenido así, la boca avarienta abierta,
entre el saco y el camino.

Y Roma fue.

Cartago fue.

Tú perdiste mi amor.

Y las gasolineras ya son ruinas románticas.

PIEZA DE HOTEL

(Esperando a Godot)

El hombre: ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

La mujer: No sé, una eternidad, un minuto.

El tiempo es subjetivo, ¿lo sabías?

El hombre: No tengo tiempo para pensar en esas cosas.

La mujer: Entre las cosas y nosotros hay una relación perversa: nunca se sabe si nos pertenecen o les pertenecemos.

El hombre: Quisiera arrancarte la falda y metértela ya.

La mujer: No es posible, estamos esperando a Godot.

El hombre: Godot, meter, esperar. ¿cómo se conjugan?

La mujer: Podrías mostrarme el sexo mientras tanto.

El hombre: No puedo. Te entusiasmarías.

La mujer: El entusiasmo está tan lejos de mí como kilómetros distan del Sahara.

El hombre: Entonces te lo muestro.

La mujer: ¿Era todo?

El hombre: Podría chuparte los pechos.

La mujer: Bueno, para ir haciendo tiempo...

El hombre: ¿Y si no viniera Godot?

La mujer: Vendrá. Prometió que vendría y nos dejó una nota en la recepción del hotel.

El hombre: Pero esto ya fue escrito por otro y dos tipos se volvieron locos esperando a Godot.

La mujer: Incredulidad. Poca fe. En cuanto aparezca Godot, aparecerá el deseo.

El hombre: Podríamos fingir una gran pasión: me tiraría sobre ti, te rompería las ropas, te mordería...

La mujer: Podríamos. A lo mejor Godot se entusiasma.

El hombre: A lo mejor ahora mismo nos está mirando por el ojo de la cerradura.

La mujer: Fíjate.

El hombre: (desencantado). Nadie nos mira.

La mujer: A lo mejor está esperando que la cosa se ponga caliente para entrar y tomar parte en el asunto.

El hombre: Hagamos como que lo hacemos.

La mujer: Hagámoslo.

(Se revuelcan sin ganas y vuelven a sus posturas anteriores, desanimados).

La mujer: No funciona. Sin Godot no funciona.

El hombre: ¿Tú creer que Godot la tenga más grande que yo?

La mujer: Cuando venga Godot verás lo que es la apetencia y el deseo. Sutil. Sin que se le infle esa

cosa como a ti.

El hombre: (desinflado): ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

La mujer: No sé. Un minuto, una eternidad.

¿No sabías que el tiempo es cíclico, circular, como la soga en el cuello de un ahorcado?

El hombre: No pienso ahorcarme. Ni siquiera por Godot.

La mujer: No es necesario. Sólo se trata de una cuestión de paciencia.

El hombre: ¿Y si no viene?

La mujer: Vendrá.

El hombre: ¿Y si no viene hoy?

La mujer: Volveremos mañana y pasado mañana y el día siguiente y continuaremos simulando que tenemos un Godot que esperar.

EL HILO

Trato de contar esta historia como mi madre usa el hilo.

Mi madre enrolla el carretel con su dedo izquierdo, corta la hebra con los dientes y la puntada fluye. Pero mi historia se parte, y antes entrara el rico y el camello por el ojo de una aguja.

Como en la foto desvaída, siempre tengo un año y mi madre veintinueve, inclinada sobre mí, con el pelo cayéndole sobre la cara. La belleza de mi madre es de una intensidad dolorosa. Pero las enfermeras llegan y me salvan – a mí, para mi madre- del cierre del cordón umbilical.

Llamo historia al desgarrón para distanciarme. Mantengo la distancia precisa entre la aguja y el hilo, lo que va de una niña de un año a una anciana de veintinueve.

Trato de contar esta historia como mi madre. Mi madre enrolla el carretel en su dedo izquierdo, corta la hebra con los dientes y la puntada fluye. Pero mi historia se parte, y antes entrara el rico y el camello por el ojo de la aguja.

RATA EN LA LECHE

La mujer dijo: Nunca lo he hecho antes.

Y yo: Será como la primera vez.

La mujer: El **como** está de más.

Yo: Será la primera vez.

La mujer tenía los pezones duros y fríos.

Metálicos (una bala en la boca).

Cuando la mujer se abrió de piernas se vio un boquete profundo, de metralla. Imploraba unos dedos para palpar la herida.

-Te pareces tanto a él. Mi perro. Mi recluta castrado.

Tenía una jerga militar que impelía a la obediencia ciega.

-¿ Te acuerdas de aquella película de Elizabeth Taylor, en que ella daba vueltas y vueltas como una rata sobre la leche y no se ahogaba? Elizabeth Taylor, sí, esa rata con las tetas menos caídas.

Los diálogos ni siquiera son como flautas de aire: a través de ellos no pasa nada, ni el viento.

No producen ningún sonido.

La mujer, sonora, dijo otra vez, mirando al techo:

- Nunca lo había hecho antes. Estoy vacía y nada me modifica.

Pude largarme o golpearla, pero me volví a tender sobre su cuerpo lácteo, girando sobre la leche.

¿Quién puede resistirse a la blancura mezquina y a la opresión de una bala en la boca?

UN POCO DE NADA

He dado vueltas hasta aquí olfateando como un perro. He seguido un rastro, orinado junto a un poste y, para escándalo de los que no me reconocen, he intentado morder a una gorda.

La gorda estaba en una carnicería, comprando su propia carne en pedazos de un cerdo bien distribuido.

- Puerca vida- dijo la gorda, y el cerdo pareció asentir, con la cabeza deliberadamente metida

entre las patas.

Ambos eran de un color rosáceo insoportable.

Hasta aquí yo había sido un perro, un can doméstico, hecho a los silbidos y a las caricias del amo. Conforme con el golpe correctivo y la mano gratificadora (un poco de nada).

Lector de Pavlov, segregaba cuando me correspondía: estímulo, le llaman en el mundo animal y en la sociedad civil, esos dos órdenes separados por fronteras ilusorias.

Podría pasarme toda la noche girando en círculos, como un filósofo tratando de morderse la cola para extraer una verdad, una astilla, (un poco de nada).

Pero no soy un filósofo sino un perro escéptico.

Mañana (habrá un mañana) como el asesino al lugar del crimen, volveré a la misma carnicería.

La misma gorda estará en la carnicería comprando su propia carne en pedazos de un cerdo bien distribuido, avergonzado, con la cabeza deliberadamente metida entre las patas.

-Puerca vida- dirá la gorda.

Y asentiremos los tres.